

# Seducción por la lectura

MONICA LAVIN

Estamos en la antesala de fin de siglo. El placer y el hábito de la lectura distan mucho de ser una conquista. Ganan la prisa y la imagen con su ritmo veloz, gana el acceso a la información fácil, gana el bullicio. Leer como espacio de reflexión, de recreación y de enriquecimiento del espíritu son hazañas aisladas. La vida exige resolver la supervivencia, la lectura requiere de tiempos de ocio. Cuando los hay hace falta el hábito, esa conquista lenta que se mama desde la infancia y que hace de la lectura un espacio inmenso, cobijador y único. Cuando hábito flaquea y los estantes de las casas escasean en libros o revistas, es más fácil prender la televisión. Volvemos a una vieja batalla, a un lugar común hasta ahora no resuelto y sobre el que vale la pena insistir: la formación de hábitos de lectura.

Escribe Carlos Monsiváis en un artículo de la revista Proceso: "Los métodos si se quiere convencionales de acercamiento al libro distan de haberse agotado, entre otras cosas porque nunca se han intentado de manera rigurosa y sistemática...". Si bien el fomento al libro y la lectura han sido una constante de las políticas culturales del Estado, sus alcances están lejos de haber creado un gusto por la lectura, mucho menos un hábito. Las cifras son un tanto abrumadoras. De los más de 80 millones de habitantes del país, sólo 35 millones son considerados lectores potenciales: 25 millones en edad escolar y 28 millones con capacidad adquisitiva. De estos lectores potenciales, sólo entre 300 y 600 mil son lectores asiduos; es decir, leen por placer. Esto significa que entre el .87 y 1.71 por ciento de los lectores potenciales tiene el hábito de la lectura.

Uno de los grandes objetivos de la modernización educativa ha sido la vuelta a las habilidades en torno a la lectura y la escritura. La nueva propuesta pone el acento en la lengua, la lengua como instrumento de la razón, por lo tanto del aprendizaje (del mundo y de uno mismo), la reflexión, la creatividad y la comunicación. Sin embargo, no basta con incluir el material de lectura seleccionado para cada nivel escolar en los libros de texto, es necesario el puente que fomente una relación personal entre lo leído y cada individuo.

El gran reto consiste en acercar a la población de lectores potenciales al libro en términos de incorporación de la lectura como una actividad placentera y enriquecedora, y lograr el contacto real con el libro ya sea a través de bibliotecas, adquisición de libros, inserción en diarios y otras puestas imaginativas.

Pese a que los programas educativos ponen el empeño en la vuelta a la lectura, mientras sea un rubro obligatorio y no una experiencia de la cual nos apropiemos, la tarea no podrá ser superada. Para que la lectura sea un bien necesario debe estar asociada con el placer, con el área afectiva, debe remitirnos a momentos gratos, a espacios reflexivos que redunden en un bienestar espiritual. En primer lugar la tarea es formar un lazo afectivo con el libro, hacer de la lectura una experiencia grata, un pretexto de comunicación ya no sólo

con el autor sino con otros lectores como lo hacemos con una película o una noticia. Hacerla un bien necesario es hacer de la lectura un oasis de la vida cotidiana, un espacio personal e insustituible. Es necesario encontrarle a la lectura su nicho en una era de consumo voraz de imágenes, donde todo tiempo invertido es dinero o diversión fácil.

El lazo afectivo con la lectura se construye lentamente a la par que otros hábitos y esquemas de valores. Asociar la lectura con el momento en que papá o mamá se sientan tranquilamente y nos leen en voz alta, nos enseñan las imágenes y colocan un separador en la página donde quedó la lectura para proseguir al día siguiente, es construir un referente grato. Recuperar la práctica común desde tiempos del Quijote, de la lectura en voz alta, en donde los letrados leían para los analfabetas que entonces eran muchos, es una sana recomendación. El interés por la propia historia se une a la sonoridad del lenguaje, a la musicalidad del texto y al placer innegable de compartirlo. Que el maestro que puede propagar el interés sea un lector convencido, es imprescindible.

El libro no tiene porqué ser sinónimo de aburrimiento, debe ser una opción libre, que se añada a la cartelera para el tiempo libre. Hay un menú de lecturas para cada uno, el dilema es acercar al posible lector hacia ese menú. Borges, en el prólogo a su biblioteca personal anota: "Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo, hasta que da con su lector, con el nombre destinado a los símbolos. Ocurre entonces la emoción singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica".

El reto de acercamiento al libro debe abordarse a través de estrategias que propicien los lazos afectivos con la lectura cuyos ámbitos principales son, a temprana edad, la familia y la escuela; y después las universidades y ámbitos laborales. Como bien lo nombra Felipe Garrido, hay que contagiar el hábito de la lectura. Leer por contagio sería en los niños, repetir lo que observan en sus padres. Leer por seducción sería acceder a las bondades del libro por determinada experiencia diseñada previamente (talleres) o por la recomendación imbuida de entusiasmo de una persona cercana, maestro, amigo o informador respetable.

Si en el inicio es el contagio por la lectura: ver a nuestros padres, maestros, hermanos o abuelos disfrutando un libro, después es la seducción la que prosigue con la tarea. Fulano recomienda tal libro, no se puede opinar sin haber leído a fulano autor, el muchacho o la muchacha que nos interesa está leyendo tal obra y la lectura es una manera de estar en su esfera de interés.

La lectura no es más que una manera —como escribiera el poeta Gabriel Zaid— de organizar una conversación. Al desbordado placer de la lectura silenciosa y solitaria sigue el referirla con otro lector. La tertulia organizada en torno a una lectura es excitante. Confronta los pasajes que más nos conmovieron, los personajes de los que nos apropiamos, la lectura que cada cual hizo y finalmente ensancha nuestro solitario deleite: el diálogo entre el autor y nosotros. Muchas veces estas conversaciones que se disparan de manera natural en algunos grupos, requieren de una estructura deliberada, que opera como un mecanismo promotor de la lectura: los círculos de lectura. En ellos la conversación está concertada de antemano y procede a la lectura convenida.

La lectura por seducción se puede fomentar por medio del diseño y realización de actividades ligadas con ella, tanto para la población de niños y jóvenes como, aunque en menor grado, de adultos. Para esto habría que diseñar o recopilar las dinámicas (sobre las cuales hay abundante literatura) e idear talleres de capacitación para maestros, promotores, voluntarios, bibliotecarios y padres de familia que puedan propagar la experiencia. Esto implica el diseño de un menú de actividades que por sí solo promueva en el capacitado la invención de otras y su adecuación al universo de trabajo. Dichos talleres deben promover la etapa formativa del gusto por la lectura atendiendo siempre el ámbito afectivo, recreativo y de reflexión. El diseño de este menú de actividades podría ser abierto y permanente, de manera que se enriqueciera constantemente con la retroalimentación de la experiencia, y podría tener un espacio impreso en una inserción dentro de los diarios del país, cuyo título debiera ser atractivo como el propio esfuerzo por hacer de la lectura una actividad amable (por ejemplo: Cómo leer y no aburrirse en el intento). La consigna que permee al proyecto debe ser el gozo de la lectura, la antiolemnidad, el respeto a uno mismo como lector que ejerce sus capacidades de elección y se brinda un espacio personal.

Seducir hacia la lectura es un reto imaginativo y caluroso de todos los lectores. Tal vez en este transitar de fin de siglo donde el entretenimiento y la comida ofrecen cada vez más un servicio a domicilio y donde las tertulias son patrimonio de la nostalgia, valdría la pena ofertar la lectura a domicilio: una biblioteca itinerante y por catálogo. La imaginación debe resolverlo, los libros aguardan sus lectores.